

Alimentación y economía en México: disyuntivas del tercer milenio

FELIPE TORRES TORRES

Las grandes paradojas

Desde épocas remotas, la producción de alimentos se ha encontrado indisolublemente ligada a los "caprichos" de la naturaleza, entre ellos, fenómenos como la sobreabundancia o la carencia de lluvias, el ataque de plagas y enfermedades en animales y plantas, las heladas inesperadas, la salinización y el empobrecimiento del suelo. La naturaleza otorga los soportes básicos para el desarrollo de la agricultura y la ganadería; cualquier desequilibrio en esta relación pone en peligro la sobrevivencia de la especie humana.

Dicho equilibrio, de corte natural, se asocia con otros elementos de carácter social como el mercado, la tecnología, el costo de producción y los precios que pueden ser manipulados; todo ello, combinado con esquemas inequitativos en la distribución del ingreso, dificulta el acceso a los alimentos, o bien genera diversas estratificaciones en el patrón de consumo. A partir de esto, podemos entender que se den grandes paradojas al final del milenio, como la de que, por un lado, regiones como la sierra Tarahumara y países como Corea del Norte y algunos del continente africano no hayan logrado resolver el problema de la hambruna, mientras que, por el otro, los Estados Unidos y la Unión Europea se esfuerzan por encontrar mecanismos que frenen la sobreproducción de excedentes para no abatir precios en el mercado internacional y no aplicar medidas compensatorias que se conviertan en subsidio a los productores.

Estos grandes contrastes ocurren al finalizar un siglo en que se han generado los mayores avances tecnológicos que permiten multiplicar el rendimiento de los cultivos y de la producción ganadera, mejorar los sistemas de alma-

cenamiento y conservación de alimentos, así como modernizar a niveles sin precedente los sistemas de distribución, en tal forma que no existe ninguna posibilidad de que alguna región del mundo quede desabastecida si cuenta con las divisas suficientes para complementar las necesidades alimentarias de su población. Por tanto, el problema de la alimentación se restringe hoy a las asimetrías que se observan en la distribución del ingreso de la población, junto con el control de excedentes en la producción por países hegemónicos, gracias a su elevado nivel tecnológico, que les permite manipular el mercado por la vía de los precios.

De cualquier manera, la tesis malthusiana generada a principios del siglo XIX sobre el casi imposible equilibrio entre el crecimiento de la población y la disponibilidad de alimentos, que sirvió para justificar la existencia del hambre y, en forma indirecta, el exterminio de los grupos vulnerables, goza todavía de gran aceptación entre quienes atribuyen el origen de los problemas alimentarios, sobre todo en países pobres, a una situación de escasez. El supuesto central de esta tesis, concebida en una época de escaso avance tecnológico y cuando se desconocían métodos efectivos para el control de la natalidad, es que el nivel alcanzado en el rendimiento de los cultivos a la larga difícilmente sería suficiente para cubrir las demandas de una población con tendencias demográficas ascendentes.

Sin embargo, avances científicos generados durante el siglo XX como el fitomejoramiento de los cultivos, la biotecnología, la ingeniería genética, el control enzimático y —próximamente— la clonación han generado una sobreoferta mundial de alimentos, que no justifica la existencia

del hambre ni las asimetrías en los niveles de consumo a causa de factores naturales, aun cuando persista la sequía. La explicación se encuentra en el control de excedentes con criterios de mercado y en las formas de distribución del ingreso que tienen un impacto desfavorable en el gasto alimentario y en los niveles nutricionales.

El ingreso de las familias, más que los elementos naturales que en otro tiempo restringían la disponibilidad de alimentos y provocaban hambrunas, constituye el verdadero "candado" que restringe el acceso a los alimentos al final del milenio. Esta situación la padecen tanto grupos sociales como países enteros, genera rezagos y paradojas y se convierte en uno de los gérmenes principales de la violencia actual.

Los rezagos se hacen patentes en el hecho de que no todos los países mantienen los niveles de consumo alimentario y sobre todo nutricionales adecuados, problema que comenzó a manifestarse con mayor claridad por lo menos desde la mitad del presente siglo y se convierte en un factor que impide alcanzar los rangos de competitividad que requiere la era de la globalización actual. Por su parte, la paradoja consiste en que a finales de este mismo siglo, con todo y los avances tecnológicos que repercuten en una sobreoferta alimentaria y en la posibilidad de que todos tengan acceso a los alimentos (gracias a los sistemas de distribución simbolizados por los grandes megamercados en las principales ciudades), la desigualdad en el ingreso provoca anualmente la muerte de más de cien mil niños en los países pobres por problemas asociados a la desnutrición, mientras que en los países ricos se destruyen millones de toneladas de alimentos o se subsidia a los productores con grandes cantidades de dinero para que éstos abandonen sus cultivos y sea posible sostener los precios por esa vía.

Por consiguiente, es la desigualdad en el ingreso y no la disminución de la oferta alimentaria la que se convierte en el detonante principal de las asimetrías alimentarias. Esta desigualdad, a su vez, constituye la fuente principal de la heterogeneidad en los patrones de consumo que se detectan en México.

Así, en la era de la mayor abundancia de alimentos, la economía manipula los excedentes mundiales a partir de la configuración de una estructura de precios y construye una paradoja en la que mientras un sector de la población, que representa un vértice muy estrecho de la pirámide social, puede seleccionar los alimentos más adecuados a su salud, otro grupo debe ajustarse a los criterios del pragmatismo en el consumo impuesto por la industria alimentaria

y otro más debe sobrevivir entre una alimentación de mala calidad en términos nutricionales y la carencia de comida.

La función del ingreso en la alimentación

El ingreso y la manera en que se gasta expresan cómo las familias han definido sus estrategias de consumo a lo largo de la historia. Una relativa estabilidad o mejoría en el ingreso permite, además de diversificar la alimentación, alcanzar mejores niveles nutricionales y un incremento en la calidad de la dieta. Por tanto, el perfil alimentario de la sociedad tiene amplia relación con las posibilidades de ingreso, aunque no necesariamente un nivel económico alto determina una alimentación adecuada. La experiencia ha demostrado que en ciertas sociedades y estratos sociales opulentos se presentan enfermedades derivadas de una alimentación costosa pero deficientemente balanceada; la globalización de los mercados, y consecuentemente de la oferta, genera mayores perturbaciones en la estructura alimentaria.

Los trastornos de origen externo, junto con la prolongada crisis económica interna, influyen hoy en la conformación en México de una estructura de consumo fuertemente polarizada y, dentro de ella, de subdivisiones marcadas por la diversificación de la oferta y las posibilidades de acceso a ésta. Las encuestas ingreso-gasto levantadas en nuestro país en 1984, 1989, 1992 y 1994 dan cuenta de un aumento nominal del ingreso; sin embargo, esto ocurre de manera diferente para cada estrato. El modelo económico aplicado desde principios de la década de los ochentas, a la par que el efecto interno de múltiples desórdenes de la economía mundial, detuvo el rumbo ascendente de la economía mexicana. Esto provocó, entre otros fenómenos, altos niveles de inflación, devaluación monetaria, decremento en los niveles de empleo y subempleo, contención salarial y deterioro constante del poder adquisitivo.

La caída casi vertical de los salarios reales, aunado a las altas tasas de desempleo y subempleo, contradicen los resultados de las encuestas nacionales de Ingresos y Gastos de los Hogares, los cuales señalan que el ingreso de las familias mexicanas se ha incrementado constantemente en el periodo que va de 1984 a 1994. Más bien se detecta una concentración acentuada del ingreso que polariza el acceso a la riqueza nacional generada, lo cual se hace más evidente al percatarnos del deterioro del poder adquisitivo, calculado conservadoramente en alrededor de 60% en ese periodo.

Las pautas de distribución de la riqueza por estrato de ingreso indican que, durante el lapso antes señalado, la participación en el ingreso corriente total de 80% de los grupos sociales más pobres de México se redujo de 50.97 a 45.45%. Por su parte, 10% de los hogares más ricos elevó significativamente su participación al pasar de 32.4% en 1984 a 38.4% en 1994. Lo anterior significa que el peso del ajuste económico, realizado como parte de la estrategia de desarrollo de los años ochentas, afectó fundamentalmente a la población de ingresos bajos y medios, quienes eventualmente redujeron sus niveles de consumo generalizado y la calidad de su alimentación. Estos cambios no se detectan de inmediato pero constituyen un aspecto delicado que no se puede ignorar cuando se trata de evaluar la capacidad intelectual y competitiva de una generación completa.

En este contexto, la población de menores ingresos desarrolló cuando menos dos estrategias para enfrentar la pérdida relativa de sus ingresos: una estriba en la utilización más intensa de la fuerza de trabajo disponible, a través del aumento de la jornada laboral del jefe de familia y la participación de otros miembros del núcleo familiar en actividades informales; la otra, en la introducción de cambios en la estructura del gasto de bienes no básicos y básicos que en conjunto contribuyó a la desaceleración del consumo por la vía del subconsumo.

Pese a representar el indicador más importante del ejercicio del gasto de los hogares, el rubro de la alimentación en México muestra un descenso histórico en su estructura. Así, mientras en 1984 representó 44.5% del gasto monetario total, en 1994 disminuyó poco más de 10 puntos porcentuales al situarse en 33.6%. Dicha tendencia se puede explicar, en primera instancia, por el incremento relativo del ingreso total en comparación con una cantidad casi constante de alimentos consumidos por hogar. También obedece, de acuerdo con encuestas específicas, a una disminución de los niveles de consumo que estaría indicando un nuevo perfil de deterioro en la alimentación de los mexicanos con claras consecuencias negativas para el desarrollo de las generaciones futuras.

En economía existe el supuesto de que a medida que aumentan los ingresos familiares disminuyen los niveles de gasto en alimentos o se presenta una mayor diversificación, agregación o sofisticación alimentaria. Se infiere, por lo tanto, que la demanda de alimentos es inelástica (es decir, se mantiene constante) a través del tiempo. El problema se presenta cuando se detecta un desequilibrio profundo en el ingreso que afecta en mayor proporción a la base

de la pirámide social. En ese momento surgen las asimetrías que se profundizan en épocas de crisis económica, con situaciones como el hambre en regiones bien localizadas, la desnutrición en grupos muy amplios, las distorsiones atípicas en el patrón alimentario.

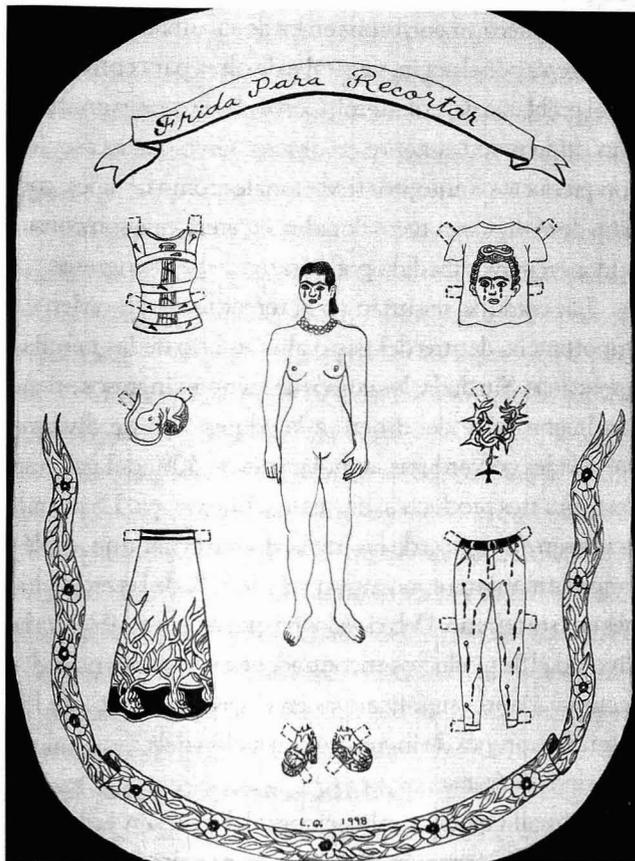
En una economía de mercado, el ingreso no observa una asignación social equilibrada porque su objetivo, basado en la competencia de los agentes económicos, no es la equidad, sino la racionalidad de las leyes del mercado. Ello estrecha el vértice de la pirámide social, donde un grupo reducido asegura mejor calidad de alimentación sin mayor impacto en su gasto, al tiempo que dinamiza ciertos rubros de la oferta.

De manera simultánea se reorienta el gasto con la finalidad de compensar la caída del ingreso familiar e individual. Por ello se establecen nuevas escalas de prioridades: algunos bienes y servicios dejan de consumirse, se adquieren otros de menor calidad o disminuye su nivel de consumo acostumbrado. En algunos casos, la disminución de los niveles de compra obliga a la sustitución de productos o bien al desarrollo de estrategias familiares que dan lugar a la modificación fragmentada del patrón de consumo y cambios artificialmente inducidos en la dieta.

Estructura de la alimentación en México

En el caso de la adquisición de alimentos en México al final del milenio, la estructura polarizada del gasto social provoca que los grupos de menores ingresos vean restringido su acceso a los productos alimentarios específicos de mayor precio o alto valor agregado. Los grupos que podríamos catalogar como de ingresos medios y medios altos enfrentan mejor en términos relativos sus condiciones de consumo si mantienen un ingreso equilibrado y una constante en la proporción de su gasto destinada a la alimentación. De aquí se desprende la hipótesis de que los estratos que disminuyen la proporción de su gasto alimentario tienden a sustituir algunos productos de la dieta, sin que ello derive necesariamente en el subconsumo; únicamente eliminan temporal o permanentemente alimentos de mayor valor o calidad.

Sin lugar a dudas, los hogares de mayores ingresos no resienten el efecto de la crisis económica y mantienen constante la proporción del gasto en alimentos; en estos hogares, la tendencia es hacia una clara diversificación del consumo, que se relaciona con las oscilaciones de la oferta, la



Laura Quintanilla

información nutricional y las influencias externas. En cambio, los grupos más pobres no sólo se ubican en una línea de subconsumo, sino que también sacrifican calidad debido al efecto combinado de la crisis y la baja del poder adquisitivo; esta situación ha introducido diversas condicionantes en la estructura del consumo.

Al final de un siglo caracterizado por una gran diversificación de la oferta alimentaria inducida por innovaciones trascendentales en la tecnología de alimentos, los cereales representan todavía la fuente principal de proteínas y calorías en la alimentación de los mexicanos. Los cereales conforman, después de la carne, el rubro más importante del gasto alimentario de las familias mexicanas, especialmente de los estratos de ingresos bajos y medios. Esto se debe al peso que tienen en la alimentación productos como el maíz en grano, la tortilla de maíz, el arroz y las pastas para sopa, principalmente.

En los grupos de más bajos ingresos, el gasto destinado a cereales es menor porque en ese segmento se ubican las familias que se benefician en mayor medida de los programas sociales de apoyo a la alimentación por la vía de los precios subsidiados, lo cual tiene un efecto amortiguador sobre las erogaciones en el gasto corriente. De los 15 dife-

rentes tipos de cereales o derivados de éstos, la tortilla de maíz o el pan dulce de trigo cubren casi 50% de las erogaciones en este rubro. En función de lo señalado, los estratos de menores ingresos gastan más en tortilla (alrededor de 25%), mientras que los de altos ingresos lo hacen en pan (27%). El gasto promedio en tortilla de maíz representó, después de 1994, 34% de las erogaciones destinadas a todos los cereales, mientras que el pan de dulce disminuyó cinco puntos porcentuales para situarse en 16%.

Después del colapso económico de 1994, las familias mexicanas han introducido un mayor sentido de racionalidad en el gasto alimentario, aunque sin variar significativamente su dieta básica. Por ejemplo, si un hogar adquiría tres kilos diarios de tortillas, de los cuales normalmente desperdiciaba uno, ahora compra dos kilos y desperdicia menos. Este cambio también ha repercutido en la dinámica de crecimiento de la industria alimentaria.

Otros cereales y sus derivados que ocupan un lugar importante en la alimentación de la población de bajos ingresos, según las encuestas de los dos últimos años, son el pan blanco, el arroz, las pastas para sopa y el maíz en grano. El gasto destinado a la compra de este último y al pan blanco sufrió una caída durante el periodo, misma que, no obstante, se compensa en alguna forma con el incremento registrado en productos como la tortilla y la harina de maíz, mientras que el consumo del arroz y las pastas para sopa se mantuvo estable.

De lo anterior se desprende que los hogares de más bajos ingresos mantienen, con la crisis, un comportamiento errático en lo referente a la compra y el consumo de alimentos: ante la pérdida del poder adquisitivo del salario, tienden a restringir de manera frecuente una parte de su gasto, por lo cual reorientan éste a la adquisición de productos menos onerosos y necesarios para la alimentación. Debido a esta situación, productos transformados como la harina de trigo, las galletas y el pan de caja y cereales como la avena, la cebada y el centeno ocupan un lugar cada vez más marginal en la composición del gasto de la mayoría de los estratos de ingreso, a excepción de los grupos más altos, que mantienen un consumo estable y hasta un incremento progresivo de éste.

Las carnes constituyen el grupo de alimentos más significativo del gasto alimentario total pues abarcan entre 23 y 26% de éste. Esto no significa que sea el producto alimentario de mayor consumo por parte de la población mexicana; dicha proporción parece explicarse más bien por el hecho de que en este rubro se ubican los artículos de ma-

por precio o alto valor agregado que tienen un impacto significativo en las erogaciones monetarias de cualquier estrato social. De los diferentes productos que conforman el rubro de carnes, en promedio, la de res concentra la mayor proporción del gasto con cerca de 43%, le sigue la de aves con 25%, la de puerco con menos de 14% y, finalmente, las carnes procesadas (jamón, salchicha, chorizo, etcétera) con una proporción de entre 9 y 14%.

El nivel de consumo de la carne de res y la de aves se mantiene constante relativamente, mientras que la proporción en el gasto de las carnes procesadas aumenta y la de la carne de puerco disminuye. Sin embargo, cuando analizamos la dinámica de estos productos por estrato de ingreso, nos percatamos de que los grupos de menor nivel económico son más sensibles a las condiciones del mercado, pues tienden a disminuir su gasto en carne de res (bistec y milanesa) y de puerco (chuleta y costilla), pero incrementan el consumo de carne de aves (pollo en piezas) y carnes procesadas (jamón, chorizo y longaniza). Finalmente, como ya es conocido, los pescados y mariscos representan una parte marginal del gasto alimentario de las familias; su proporción, en cualquiera de los estratos sociales —aunque esto puede variar—, rara vez rebasa los cuatro puntos porcentuales.

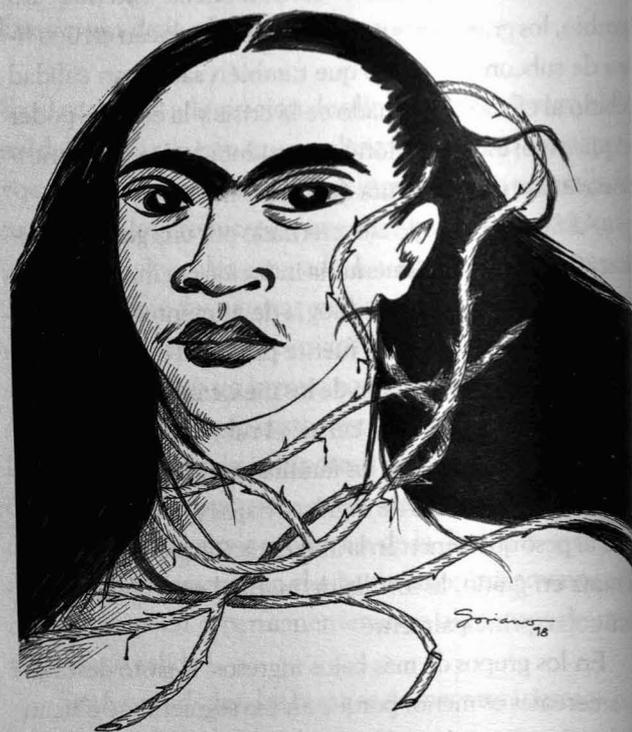
El rubro de la leche y sus derivados ocupa el cuarto lugar en el gasto alimentario de las familias mexicanas; la proporción destinada a este rubro varía entre 7 y 12%, dependiendo del estrato de ingreso. El comportamiento comparativo refleja un mayor acceso a estos artículos por parte de los grupos medios y altos, aun si consideramos los programas de subvención del Estado. El acceso diferenciado a productos lácteos se aprecia sobre todo en el caso de la leche pasteurizada, la leche evaporada y la condensada, al igual que en el del yogur y el queso.

El huevo de gallina representa entre 2 y 5% del gasto total en alimentos. Este producto, a diferencia de los anteriores, se ubica en un nivel más importante del gasto de los sectores de bajos ingresos, aunque también aquí su consumo presenta tendencias a la baja según las oscilaciones del ingreso. El caso de los aceites y las grasas presenta un comportamiento similar, ya que la compra de estos productos depende de la capacidad adquisitiva de los diferentes estratos y la dieta seleccionada por ellos. Así, los grupos de altos ingresos destinan proporciones mucho menores de su gasto a tales artículos. Ello marca una relativa heterogeneidad dentro del consumo de aceites y grasas, ya que en algunos sectores de bajos ingresos todavía está presente el

uso de manteca, mientras que en los de altos ingresos hay mayor interés por el aceite vegetal o de oliva para contrarrestar el problema del colesterol. Con todo, las grasas animales han caído prácticamente en desuso, salvo que se asocian con productos o antojitos tradicionales como tamales, gorditas de maíz, sopes, tacos dorados, etcétera, que son consumidos en mayor medida por estratos de bajos ingresos.

Las verduras se sitúan en el tercer lugar, en orden de importancia, dentro del gasto alimentario de las familias mexicanas. Sin duda, los grupos de menores ingresos orientan buena parte del dinero a la adquisición de diversas variedades de verduras, aunque más de 50% del gasto se destina a tres productos: jitomate, chile y papa. Lo mismo ocurre en el renglón de las frutas, donde la naranja, el plátano y la manzana concentran más de 50% de las erogaciones en este terreno. Debido a los precios más accesibles y a la diversidad de productos encontrados en este rubro, no se detectan variantes significativas en el gasto ejercido por los diferentes grupos de ingreso, a excepción del caso de algunos tipos de frutas.

Más allá de las implicaciones del gasto en la estructura de la alimentación de los mexicanos al final del milenio, la organización de ésta y las condiciones nutriciona-



Alfonso Soriano

les en el país se identifican ahora con un patrón más global, de carácter urbano, acotado por una oferta que se establece desde las esferas de la producción y distribución de la industria alimentaria, con oscilaciones temporales bruscas determinadas por la pérdida o sostenimiento del poder adquisitivo de las familias.

La estructura alimentaria de los mexicanos al final del milenio se configura a partir de las contradicciones que encierra la presencia de una oferta de alimentos amplia, diversificada y homogénea para todas las regiones del territorio nacional, junto a un tipo de distribución del ingreso restringido y polarizado. Hay otros factores que influyen de igual manera como el rompimiento de las diferencias entre lo rural y lo urbano en términos de oportunidad en la distribución de alimentos, un manejo más abundante de la información sobre la calidad de éstos y su influencia en la salud y el ejercicio de un auténtico pragmatismo en la preparación y aceptación incondicional de productos de la industria alimentaria, como resultado de los cambios registrados en la organización social.

El patrón alimentario del México actual se caracteriza por una relativa homogeneidad regional, situación que se debe a la diversidad de productos existentes en el mercado, la amplia influencia de la industria alimentaria, la eficiencia de los sistemas de distribución y las posibilidades de acceso a los productos según el nivel de ingreso, y no a la ubicación de la oferta ni su masificación. Este patrón no varía regionalmente, es decir en términos del "menú" diario y de la cultura alimentaria que pudieran existir en cada región a partir de los recursos naturales disponibles. Se asocia más bien con la conformación de grupos de ingreso que lo mismo pueden ubicarse en el medio rural que en el medio urbano, en una región rica que en una pobre. El patrón alimentario se muestra indiferente ya a las estrategias de mercadotecnia que siguen las grandes cadenas comerciales para la diversificación de la oferta, la fijación de sistemas de precios atractivos y la ubicación estratégica de esas cadenas en las ciudades. Esto se debe, entre otras razones, a que las grandes empresas agroalimentarias intervienen decisivamente en la conformación del tipo de alimentación pues tienen la posibilidad de ofrecer una amplia gama de productos y de cubrir cualquier tipo de mercado, aun cuando éste sea de ingreso restringido.

Para concluir, entre las paradojas relacionadas con el hecho de que la disponibilidad de alimentos dependa más de la economía que de los factores naturales —a consecuencia de los sorprendentes avances tecnológicos de este

siglo—, se da la situación de que el patrón alimentario y las condiciones nutricionales de México se determinan ahora por los modos de vida impuestos en las ciudades y la capacidad adquisitiva individual y de los diferentes grupos de ingreso; ya no se derivan de las identidades regionales respecto al consumo, ni de la capacidad de organizar el gasto alimentario según beneficios nutricionales. Por tanto, ha llegado el momento de reevaluar algunas tesis acerca de una pretendida diferenciación del patrón alimentario en términos regionales. Si bien estas tesis pudieron ser válidas en un contexto socioeconómico del pasado, hoy han dejado de serlo debido a las tendencias regionalmente indiferenciadas en la distribución del ingreso, a la mayor dinámica de los flujos migratorios por los avances en la red de transporte y el ahondamiento de la pobreza y a la rápida influencia de la globalización en los mercados alimentarios locales; dicho de manera más sencilla, debido a una organización social diferente. ♦

Bibliografía

- Aguirre, Judith *et al.*, "Cambios en la estructura rural-urbana de México", en González y Torres (coords.), *Los retos de la soberanía alimentaria en México*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM/ Juan Pablos, México, 1995.
- Ando, A. y F. Modigliani, "The Life Cycle, Hypothesis of Saving: Aggregate implications and test", en *American Economic Review*, EUA, 1963.
- Consejo Nacional de Población, *Evolución de las ciudades mexicanas 1900-1990*, Conapo, México, 1994.
- Chávez, A. *et al.*, "Food and Nutrient Consumption in Rural Areas", en *The Food and Nutrition Situation in Mexico*, Pax Editores, México, 1996.
- Duesenberry, J. S., *La renta, el ahorro y la teoría del comportamiento de los consumidores*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- Fridman, M., *Una teoría de la función consumo*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Encuestas Nacionales de Ingresos y Gastos de los Hogares*, 1989, 1992 y 1994, México.
- Malthus, T. R., *La ley de la población*, FCE, México, 1992.
- Méndez, C. Patricia, "Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares: metodología y alcances", en *Notas censales*, núm. 15, INEGI, México, 1996.
- Torres Torres, Felipe, *Dinámica económica de la industria alimentaria y patrón de consumo en México*, IIEC-UNAM, México, 1997.